

DISCURSO DE BIENVENIDA AL PAPA JUAN PABLO II

DR. HECTOR CROXATTO

Santiago, 3 de abril de 1987
Casa Central, Pontificia Universidad Católica de Chile

Santidad:

Permitidme que os exprese con todo el fervor de mi filial espíritu el más profundo agradecimiento de todos los aquí presentes y el mío propio, por el privilegio de contar con vuestra augusta presencia en un acto que cobra por este hecho un significado imperecedero. El honor y la emoción son tan grandes en mí como la responsabilidad de hablar ante vos, Santo Padre, desde esta altísima tribuna; el de expresar, primeramente nuestra inquebrantable adhesión a vuestra misión de Pastor, a vuestra fecundísima e incansable cruzada de amor, de paz y de justicia entre los hombres. Vuestros generosos esfuerzos y vuestra prédica no han sido en vano. ¡Cómo no lo sabremos, y cuánta gratitud debemos, nosotros los chilenos y nuestros hermanos argentinos! ¡Cuántos dolores, destrucción y rencores, cuántas lágrimas y sangre se evitaron, gracias a vuestra sabia y paciente mediación! Habéis recibido y recibiréis, por cierto, testimonios multitudinarios de dos pueblos que se aman y que alborozados desean también expresar su honda gratitud y os aclaman celebrando la vida, porque vieron desvanecerse el fatídico espectro de la guerra.

En este momento, os rodean, Santo Padre, hombres y mujeres que aman, enriquecen y difunden el patrimonio cultural, unos que buscan nuevos conocimientos, otros que expresan en el arte los más caros anhelos creativos del espíritu y muchos otros que en múltiples afanes sirven y construyen para llevar a la Patria a los más altos destinos.

Todos realizan tareas dignificantes, pero todos, ávidamente, esperamos recibir directamente la luz de vuestra admirable clarividencia, acoger esas verdades que son instrumentos sustantivos de perfeccionamiento del hombre como persona, verdades que como nunca aparecen como el antídoto para la desesperanza, la pugna fratricida y la angustia que atenazan a buena parte de la humanidad y de las que no escapa nuestro país. Anhelamos escuchar de vuestros labios, que tantas veces han proclamado: La superioridad del espíritu sobre la materia, la primacía de la persona sobre las cosas, la prioridad de la ética sobre la técnica"; el mensaje que es luz para encontrar y recorrer en paz caminos de verdad, hermandad y comprensión entre nosotros. Como nunca el hombre aspira a la verdad; está sediento de saber. Buscamos y debemos buscar con el mayor afán las verdades científicas, pero nunca como ahora hubo mayor acumulación de conocimientos científicos y tecnológicos, almacenados en la mente de los hombres o en los inagotables bancos de datos. Nunca como en la actualidad se dispuso de medios para obtener la información al instante y se han hecho tantos descubrimientos científicos y avances tecnológicos que son en sí como un canto glorioso a la vida y al genio creador del hombre. Nunca como ahora, tuvo tanto poder y recursos para construir una sociedad mejor. Sin embargo, a pesar de la disponibilidad de este maravilloso tesoro del saber científico y los dones de la inteligencia, nunca como ahora el hombre ha sentido el terror apocalíptico por las cosas que él mismo fabrica.

La Ciencia y la Tecnología, a diferencia de otras creaciones, pueden ser usadas y por lo tanto mal usadas, si en el hombre que aplica el conocimiento no se encarna ese sentimiento de amor por sus semejantes y respeto por la Naturaleza. La Ciencia y la Técnica, frutos prodigiosos de la razón que engrandecen al hombre, no pueden penetrar hasta la íntima esencia de las cosas ni en la globalidad de la naturaleza humana, alcanzar la verdad en sí mismo, la de su dimensión espiritual y moral y proclamar los valores que de ellas derivan, ni menos deducir su destino sobrenatural. No podemos esperar que la luz de la razón con que el científico ve las cosas, sea la luz de las cosas mismas; y que aún la realidad no continúe siendo una teoría y que siempre sea más fácil en Ciencias medir que saber qué es lo que se está midiendo. No hemos incorporado debidamente en carne viva vuestra sentencia: “en el mundo visible el hombre es el hecho primero; el hecho primordial y fin de la cultura”. Es al hombre al que hay que contribuir a formar en su identidad, dignidad y grandeza moral. Para alcanzar toda su dimensión humana, ha de entregársele la verdad, no callarla, favorecer el pluralismo, la libre circulación de las ideas que no han de ceder a la presión de ideologías que nutren el germen de la violencia y el terrorismo. Son estas armas, cualesquiera sean sus móviles y fuentes de origen, las que más repudia el espíritu y más laceran la racionalidad. Está claro que el progreso integral de la sociedad no depende sólo del avance científico tecnológico. Si bien, nos basta la razón para encontrar verdades ocultas en el mundo visible, la ciencia no es el único camino para entender al Hombre y lo Creado. También está la Fe. La Ciencia y la Fe, como dos órdenes del conocimiento, han de converger para ir al encuentro de la Verdad integral que tiene su origen en Dios, que aparta al hombre del mal y del vacío existencial. Percibimos que el drama de nuestro tiempo es la ruptura de la cultura con el Evangelio de Cristo. La sociedad sufre de hedonismo, de consumismo, de la droga adicción, de un sexualismo desbordante, de una desvalorización de la vida, de aviesa manipulación de la verdad como si se hubiese borrado el ser espiritual del hombre.

Pero, atribulado, he de reconocer también que otros males, más aparentes, han llevado a nuestra Nación a un prolongado quebranto de la convivencia democrática y creado un clima de graves tensiones partidistas. Como cristianos y fieles a irrenunciables valores culturales, no podríamos dejar de compartir el clamor público por ominosos atentados a la vida y ultrajes a la dignidad y libertad del hombre, no podemos sino repudiar hechos que violentan y recusan vuestra incansable cruzada como Mensajero de la Vida, predicando el respeto a la dignidad del Ser. Habéis sido siempre el gran paladín defensor de la vida humana ya desde el momento mismo en que ésta emerge de esas dos minúsculas células que se han unido por el amor, para engendrar esa insondable creatura. Esta aparece ante el científico como asombrosa construcción biomolecular, casi como inconcebible en su infinita complejidad y perfección, pero que es y será única e insuperable porque Dios infundió en ella el sopro inmanente del espíritu.

Estamos ciertos que vuestra inmensa autoridad moral como Vicario de Cristo, que vuestra límpida y serena voz, mensajera de verdad, abrirán el corazón de humildes y poderosos, para deponer el orgullo y posiciones intransigentes y hacer brotar la generosidad del perdón.

Vuestra ayuda sabrá despertar un gran impulso colectivo que comprometa con la más honesta e ineludible decisión a gobernantes y gobernados, para encontrar

entendimiento, nuevas sendas de diálogo, salvando barreras ideológicas y personalismos, que hagan posible el retorno pacífico a la plena democracia.

Chile por su magnífico historial es y ha sido un país en el que han primado los valores de la fraternidad, de la hospitalidad y de la concordia. Una nación que había estructurado un férreo sentimiento de unidad en torno a sus héroes, sus próceres y sus conductores que ha crecido y se ha fortalecido a la luz de la Fe.

Esperamos con sinceridad, pero con gran ansiedad, que vuestro paso por Chile mueva a los espíritus para que pronto impere el auténtico clima de reconciliación, de pluralismo y de plena justicia y se impongan los fueros de la razón libremente expresada; que la ciudadanía libre y democrata pueda ser partícipe de un proceso que tenga, como gran aspiración, la de mejorar la condición humana de todos nuestros compatriotas, particularmente de los más sufrientes y largamente postergados.

Santidad:

Aceptad nuestro ruego para que nos ayudéis con vuestro paternal consejo, con vuestras plegarias, con las prendas del Espíritu Santo que anida vuestra alma, la más cándida y dadivosa de cuantas han pasado por esta tierra. Sois una gran esperanza del pueblo chileno. Vuestro mensaje de pastor y emisario de la vida y de amor llegará a los más recónditos lugares de este territorio, pero también penetrará en el corazón de nuestros compatriotas para borrar el abismo de incomprensión que nos separa como hermanos, para que reine esta sabiduría que predicáis, que dan la Fe y la Razón, que han de confluir para expresarse en Amor y Caridad por el hombre y para el hombre. Muchas gracias.